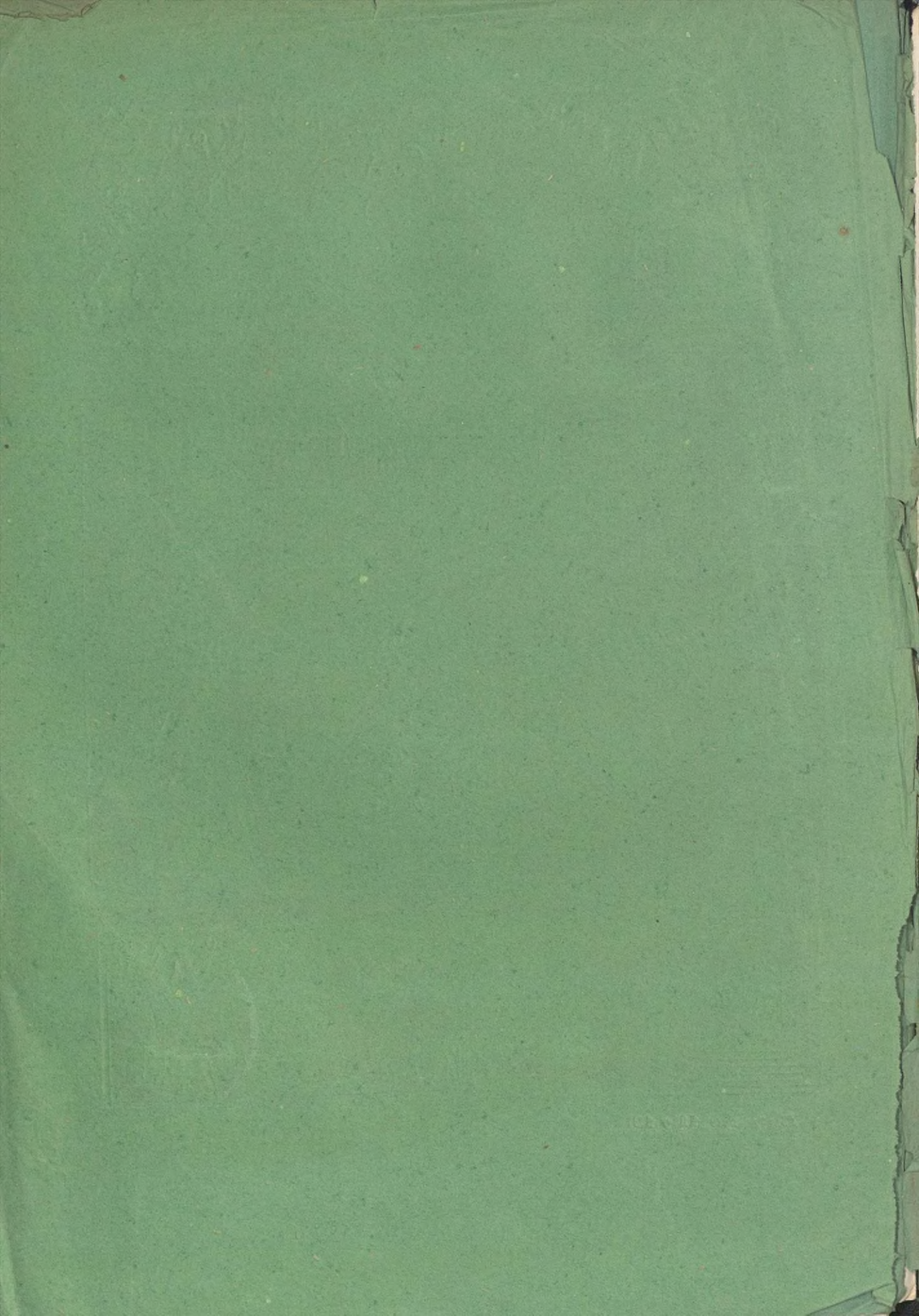


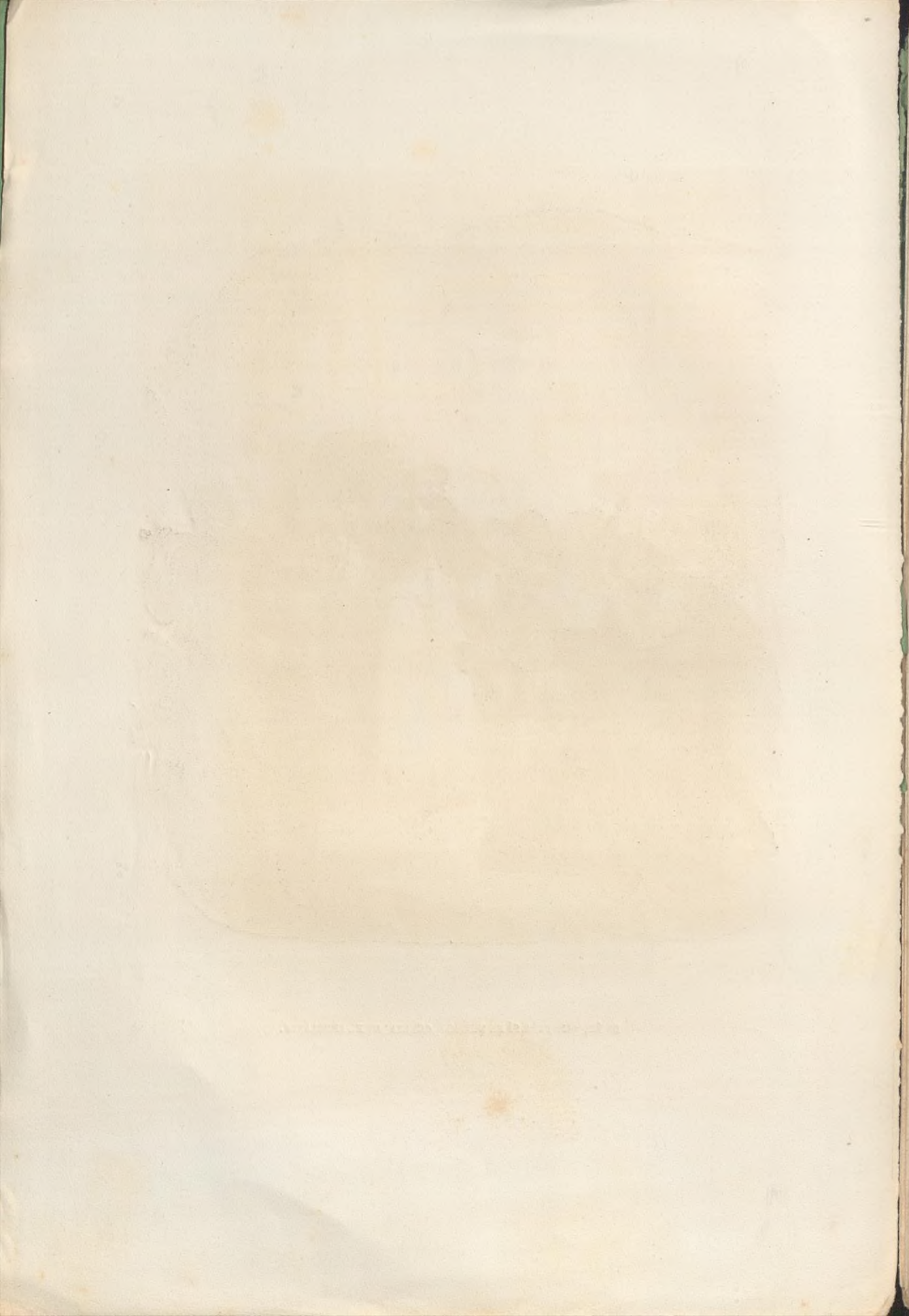


Entrega 11 y 12





ES ÉL, DIJO PARA SÍ EL MENDIGO, OCULTANDO EL SEMBLANTE.



mino han llegado á mis oidos estrañas voces. Se me ha dicho que la señora habia desaparecido de la granja.

—Es cierto, contestóme con frialdad: la han robado.

—¿ Y se sabe quién ha sido el robador ?

—Puesto que me lo preguntais, deben ignorarlo las personas que os han informado.

No podia darse mayor impudencia. La mirada torva del monje no me dejó ninguna duda de que estaba enterado de mi conducta. Entonces me felicité de haberle conducido á aquel lugar, y como me temia que apelase á la violencia, empuñé el arma defensiva que llevaba oculta bajo mis vestidos, no perdiéndole un instante de vista.

—En efecto lo ignoran, pero lo sospechan, y estas sospechas llegan al punto de indicar que mi señora fué conducida anteanoche á casa del pastor Bernardo.

Hice una pausa, pero como el monje no me contestase, proseguí.

—Ya veis como aprovecho el tiempo; pues al paso que cumpliendo vuestros deseos, voy en busca del esposo, no olvido por esto á la esposa.

—Y bien, ¿ que pretendéis decir ?

—Que si estas sospechas son realidades, la cabaña del pastor ha sido consumida por un incendio durante la última noche.

—Lo ignoraba.

—Y que habiendo consumido el fuego aquella morada, es de temer hayan peligrado las vidas de las personas que se hallaban en ella.

—En efecto.

—Vuestra impasibilidad me sorprende, Fr. Guillermo, le dije no pudiendo reprimirme por mas tiempo. Se trata de la existencia de la esposa de D. Carlos, de mi amo, de ese desgraciado de quien vos os llamabais su amigo.

—Y bien ¿ que pretendéis significarme con vuestras palabras ?

—Pretendo saber de vos qué ha sido de su infelice esposa ; porque ya es tiempo que cada cual diga aquí lo que siente, y yo estoy en la íntima convicción de que vos conoceis lo que intento saber.

—¡Insensato ! se contentó con responderme el monje ; medid bien vuestras palabras, no sea que luego tengais que arrepentiros.

—Fray Guillermo, el que ama á una mujer, como vos amais á esa infortunada, no escucha con indiferencia las palabras que yo acabo de proferir.

—¿ Y cómo sabeis vos que yo la amo ?

—Porque lo he oido.

—Tanto peor para vos. Este secreto puede costaros la vida.

—Pero antes puede perderos. Conozco vuestro poder y he aprovechado el tiempo que he podido para escapar á vuestras asechanzas. Habeis perdido á D. Carlos, habeis arrebatado á su esposa, podeis mandarme prender y aun darme la muerte, pero mi secreto, en el que va envuelto vuestra infamia, no perecerá conmigo. Otras personas lo heredarán y tarde ó temprano el castigo de los hombres, cuando no la venganza divina, caerá sobre vuestra cabeza.

—Repito que sois un insensato ! Desgraciado del que se atreva á acusarme ! Él mismo labrará su ruina. Además que ni vos ni cuantos podais hacer partícipes de mi conducta, deberán ser creidos por su palabra. D. Carlos ya no existe, su esposa tampoco y....

—¡ Asesino ! exclamé dominado por la ira, habeis dado muerte á mi señora no pudiendo vencer su virtud, vos mismo confesais vuestro crimen. Pues bien, Dios me perdone, ya que la justicia de los hombres no pudiera valerme !

Y me arrojé sobre el monje para asesinarle ; sí, para asesinarle ; porque él estaba al parecer indefenso y yo empuñaba un afilado cuchillo. No pudiendo ya defender á la esposa de D. Carlos, quise vengarla, pero Dios no lo quiso. La hoja de mi cuchillo se embotó

en las estrechas mallas de una túnica metálica que bajo el hábito llevaba Fr. Guillermo. Este, que sin duda estaba en la seguridad de que se estrellarían en ella mis golpes por repetidos que fuesen, no se movió del sitio que ocupaba, solo sí poniéndose un silbato en la boca produjo un sonido agudo y prolongado que repitieron á larga distancia los ecos del bosque.

Entonces me creí perdido. El monje debía tener gente apostada para prenderme, y ya en su poder mi muerte era inevitable. Todavía podía tener tiempo para escaparme y apelé á la fuga. En vano mi enemigo quiso detenerme; me desprendí de sus brazos que intentaban sugetarme y me lancé al través del bosque. Cuando llegué jadeante al sitio donde habia dejado atado mi caballo, un grito de dolor se escapó de mi pecho: el noble animal no estaba allí. No habia salvacion para mí. Ya oía muy distintamente el rumor de pasos de algunas personas que se habian internado en el bosque, sin duda en mi seguimiento; mis años no me permitian luchar con ellos en la carrera; hubiese sido una locura intentarlo. En tan apurado trance, no me quedaba mas recurso que esconderme. Tomé esta resolucion y penetré en lo mas espeso de la floresta; pero apenas hube andado cien pasos, descubrí á mi caballo que estaba paciendo tranquilamente la menuda yerba que crecia en las márgenes de un arroyuelo. Entonces conocí que habia roto la cuerda con que lo habia sujetado y dirigiéndose á aquel sitio durante mi ausencia.

Corrí á él tan velozmente como me fué posible, y ya montado, me dirigí al sendero que cruzaba cuasi en su mitad el bosque. Mi corazon palpitaba de placer y creia ya mi salvacion posible, cuando por el extremo del sendero que seguia cuasi una línea recta, ví venir á un aldeano armado de una carabina. Al punto conocí por sus voces y ademanes que era uno de mis perseguidores y que muerto ó vivo debia pasar por su lado. La espesura de la selva en aquel sitio no me permitia desviarme; al otro extremo del bosque sonaban tambien voces, y huyendo de aquel hombre iba á caer tal vez en manos del mayor número. No traia

ningun arma de fuego y mi cuchillo embotado en las mallas de la túnica del monje, me era enteramente inútil entonces. Solo la velocidad del caballo podia salvarme y á ella recurrí animándole con mi voz y con mis rodillas. En vano el aldeano me amenazó disparar su carabina si no me detenia; no dí oido á sus amenazas y al llegar á corta distancia de él sonó el tiro. La bala me hirió el brazo izquierdo; pero afortunadamente no me rompió ningun hueso. Al salir del bosque oí á lo lejos varias voces que gritaban. Una de ellas era la de Fr. Guillermo que decia:

—¡Matadle, matadle; es el incendiario de la cabaña del pastor Bernardo!

Todavía oí sonar varios tiros; pero ya me hallaba á bastante distancia para que pudiese temer los proyectiles. Sin parar mi carrera, me desvié cuanto me fué posible de los senderos frecuentados, alejándome tambien de las casas de campo en donde pudiesen dar razon de mi paso. En vez de dirigirme á la ciudad, me separé de ella, y aquella noche, rendido y hambriento, la pasé en despoblado. Vendé como pude mi herida, y la fatiga cerró mis párpados durante algunas horas. Al siguiente dia me procuré algun alimento y lo pasé oculto tambien. Al caer de la tarde me dirigí á la ciudad á pié.

Al entrar á la nueva y retirada morada que huyendo la persecucion del monje habíamos escojido, mi esposa leyó en mi semblante el luto del corazon.

—La espada de fuego del monje, dije á Margarita, todo lo ha aniquilado. Nada queda de la memoria de nuestros buenos amos. Yo mismo he corrido el mayor peligro de ser víctima del furor de aquel malvado. La esposa de D. Carlos ha desaparecido misteriosamente como desapareció éste; sabe Dios si ambos han sido víctimas de Fr. Guillermo; mucho me lo temo.

Despues referí á mi esposa todos los pormenores de las terribles escenas que habia presenciado durante aquellos dias y resolvimos hacer partícipes de ellas, por medio de una tercera persona, á la suegra de D. Carlos; pero aquella imprudente mujer

acababa de exhalar el último suspiro. La enfermedad, de que os he hablado antes, había sido mortal.

Ninguna persona querida, como no fuésemos nosotros, le quedaba á la hija de mi amo y resolvimos partir con ella nuestro sustento. Con mis economías de algunos años de servicio, con el oro que me había dado Fr. Guillermo y con el arte de lapidario que profesaba, podía prometerme un tranquilo bienestar. Dios, dije para mí, hará el resto. Él protege la inocencia y tarde ó temprano recompensa las buenas acciones.

Confié á un fiel amigo que procurase averiguar, si le era posible, lo que había sido de mi señora en la noche del incendio de la cabaña; pero todas sus diligencias fueron infructuosas. Por él supe que Fr. Guillermo, para satisfacer, decía, á los acreedores de D. Carlos, iba á vender la granja y sus muebles. Llevado de mi cariño á mis amos, le encargué comprase una parte de aquellos muebles y particularmente los retratos. Estos retratos son los que conservamos con tanto respeto en nuestra casa.

Ahora solo me resta deciros que son los de D. Carlos y de su esposa, padres de María, porque esa niña á quien habeis jurado amor eterno, es la hija de aquellos desgraciados de quienes nunca mas he podido saber cosa alguna. Finalmente despues de algun tiempo, no considerándonos seguros en la ciudad donde había nacido María, resolvimos trasladarnos á esta poblacion, en la que por lo retirada y económica escojí esta habitacion donde he educado á María y alimentádola con el sudor de mi rostro durante muchos años. Dios ha premiado mis afanes. El recuerdo y la esperanza han llegado á ser los dos únicos faros de mi existencia; el primero mostrándome la senda de la vida que he recorrido, y el otro la que en mis ilusiones podía recorrer. Pero así como la esperanza es cuasi siempre dulce, porque el hombre siempre aspira á mayor dicha y en su aspiracion hay un goce anticipado de lo que tal vez nunca llegará á ser una realidad, el recuerdo, ó mejor en la facultad que tambien es concedida al hombre de vivir en lo pasado, encuentra cuasi siempre un dolor, pocas veces

un goce. Mi existencia está sembrada de estrañas peripecias: he sido dichoso y desgraciado alternativamente, pero por una condicion inherente á la humana naturaleza, el hombre, por mas dichoso que haya sido, invoca mas comunmente las horas amargas que dulces: hácese un tormento de lo que tal vez seria un gozo sin esta desconfiada enfermedad de la imaginacion, que por dó quiera le ofrece obstáculos y peligros, como si el camino de la vida, en vez de flores, no estuviese sembrado sino de espinas. Es una facultad estraña que aviva las penas cuya causa dejó de existir hace mucho tiempo, que nos traslada á unos dias que ya nunca han de volver. Instantes hay en que por la noche me despierto con un grito y de dia sella de repente mi boca un profundo suspiro. Yo mismo no puedo darme la razon, porque no existe manifiesta; pero ello es que una idea vaga, un presentimiento penoso, un pensamiento importuno sin saber como, se introducen en mí y como una lima fina y acerada me privan no pocas horas de reposo y lastimando el corazon, anublan mi semblante y me hunden en negra melancolía.

¿Será que tema ver perdidos un dia todo el fruto de mis afanes y el logro de mis ansias? ¿Será que tema vuelva á brillar con todos sus horrores la espada de fuego que redujo á la nada el bienestar y riqueza de mis amos, cuya cara existencia me arrebató, tendiendo un negro velo á su memoria, amagando la dicha y la existencia de su hija, que es mi hija, mi único amor y mi esperanza? ¿Este asalto nocturno á mi morada que vos habeis presenciado y evitado, reconocerá el mismo origen que tuvieron las persecuciones que sufrió la familia de María? ¿Forzoso me será abandonar este suelo y huir una vez mas de sus enemigos irreconciliables?

Así terminó el anciano su relacion. D. Fernando que le habia escuchado con religioso silencio, permaneció todavía algunos instantes mudo y reflexivo.

IX.

Misterio.



DESPUES de algunos momentos de silencio, D. Fernando tomó la mano del anciano y le dijo:

—La confianza que me acabais de hacer, amigo mio, merece mi eterno agradecimiento y os ensalza á mis ojos mas allá de todo elogio. Contad de hoy mas con mis pobres fuerzas para luchar con vuestros enemigos, que son mis enemigos, y confio que Dios nos protegerá. No se diga de nosotros que por cobardes huyamos el peligro, que tal vez en el combate logremos aniquilarlos para siempre. Pronto María ha de llamarse mi esposa, y tambien pronto habremos de vengar las amargas que sufrieron sus desgraciados padres en las personas de sus enemigos. Si antes de oir vuestra relacion amaba á María solo por ella y por su angelical candor, ahora mi admiracion y mi deber dan creces á mi amor.

El antiguo mayordomo de D. Carlos, que no podia comprender exactamente el sentido de aquellas palabras que lo tenian muy mucho en boca de un individuo de la sociedad de la Luz, trató de contener su **ardor**, diciéndole:

—Aplaudo vuestra resolucion, pero permitid que os diga que tenemos que luchar con enemigos tanto mas temibles cuanto son mas ocultos; tanto mas poderosos cuanto emplean todos los medios por reprobados que sean. No se trata de unos hombres que se presentan arrogantes para combatir cuerpo á cuerpo, sino de sombras envueltas en misterios, de fantasmas rodeadas de terrores. La experiencia me ha enseñado que los mas esforzados adalides, tarde ó temprano son víctimas de sus golpes siempre ciertos, siempre dirigidos al corazon. Y ¿qué seria de la pobre hija mia, qué seria de esa infeliz jóven, á quien tanto amais, que tanto os ama, si vos perecierais en la demanda? Ya los años han enervado mis fuerzas, y soy cuasi inútil para el combate. Solo la fuga me restaria, pero ¿podria llegar sin correr graves riesgos al puerto de salvacion! D. Fernando, creed á un anciano que os quiere ya como á su propio hijo: aprovechaos de la triste leccion que envuelve mi secreto y sed prudente y comedido. ¡Ay de vos si arrojaís el guante á esas gentes! ¡Ay de María, ay de nosotros todos si quedais vencido!

—El guante está echado: ellos han sido los que lo han arrojado. Recordad lo que esta noche ha tenido lugar en el jardin.

—Pero vos no sabeis quienes sean los autores del atentado.

—Lo sé desgraciadamente. Pero digo mal: afortunadamente tengo la conviccion de quienes son nuestros enemigos. Mirad!

Entonces D. Fernando mostró al anciano el trozo de escapulario que habia hallado al pié del muro; que en su lucha cuerpo á cuerpo con uno de los dos fingidos criados le habia arrancado.

—Y bien, ¿qué significa esto?

—Significa que este escapulario es idénticamente igual á este otro.

Y el hijo de D. Diego desabrochó la chupa para enseñar al padre adoptivo de María el escapulario de que ya tiene noticia el lector.

—Todavía no comprendo la relacion que puedan tener estos escapularios con nuestros enemigos, dijo admirado el anciano.

—Mas tarde os lo diré: por ahora basta que sepais que ellos me dan la llave para conocer de donde nos viene el golpe. Esta vez no visten el hábito de san Gerónimo nuestros perseguidores: son carmelitas.

—¿Carmelitas decís? ¿Estais seguro?

—Segurísimo.

Calló el esposo de Margarita para no escitar mas la ira del jóven; pero recordando las pretensiones de los carmelitas para dar un esposo á María, ya no dudó de la realidad de las sospechas de D. Fernando. Sin embargo no podia explicarse porque aquellos frailes tenian un interés en disputarle á su amada. D. Fernando le habia prometido ser mas esplicito en adelante, y confiando en su palabra, esperó que tal vez lograria aclarar aquella duda. Entretanto se contentó con decirle.

—Puesto que conoceis á vuestros enemigos, sabreis tambien los motivos porque os persiguen en lo que mas quereis.

—Los sospecho; cuando tenga una certidumbre completa os lo diré. Necesito antes que me digais si otra persona, además de vuestra esposa, sabe quienes fueron los padres de María.

—Nadie en el mundo. Así como la jóven cree ser hija nuestra, todas cuantas personas nos conocen, y nuestras relaciones son muy reducidas, están en la misma creencia.

—¿Seré indiscreto si os hago una pregunta acerca una circunstancia de que no habeis hecho mencion en la relacion de los infortunios de sus padres?

—Estoy dispuesto á deciros toda la verdad. Tal vez involuntariamente se me haya olvidado.

—Pues bien, ya que me concedeis interrogaros, decidme ¿cómo llegó á vuestro poder el paquete de cartas escritas por don Carlos, algunas de las cuales me habeis leído?

—Esta es otra historia que me reservaba referiros mas adelante y que de propósito habia hecho caso omiso en mi relacion para no prolongarla demasiado. Mas puesto que deseais saberla, si el

cansancio no os rinde y podeis consagrarme todavía algunos instantes la atención, he de referiros la muy gustosa.

—Hablad, que ahora mas que nunca tengo el mas vivo interés en saber todos los pormenores referentes á la desgraciada suerte que cupo á los padres de María.

El anciano prosiguió su relacion de esta suerte.

Quando os dije que nunca mas habia vuelto á saber lo que habia sido de los padres de María, dije la verdad. En vano fueron cuantas diligencias practiqué, poco tiempo despues de los sucesos que os he referido, para descubrir el paradero de D. Carlos, como inútiles han sido mis esfuerzos ulteriores. Verdad es que contando en un principio con mas recursos de los que despues me quedaron, mis averiguaciones y escursiones se estendian mas lejos y en mayor escala.

Un año haria á corta diferencia que habia desaparecido D. Carlos, quando hallándome muy lejos de este sitio, llamé á un retirado convento de monjes para pedir hospitalidad. Desde el momento que D. Carlos me habia hablado de arrepentimiento y perdon, una idea fija, que no ha podido borrarse nunca de mi mente, me tenia preocupado y guiaba constantemente mis pasos, y era el norte, por decirlo así, de mis averiguaciones. Estaba en la firme conviccion de que el esposo de mi señora, lejos de haberse dado la muerte en su desesperacion, habia apelado á los consuelos divinos refugiándose en un claustro solitario. Si la idea del suicidio habia rodado un momento por su mente durante el delirio de la desesperacion; si quando se creyó deshonorado para siempre pensó que solo podia esconder su deshonor renunciando para siempre á la vida; quando acudió en su auxilio la reflexion, quando se acordó de Dios y contempló toda la enormidad del crimen que habia cometido, entonces D. Carlos, al menos así lo pronunciaron sus labios, se espantó de su propósito y otras fueron sus palabras.

En esta persuacion pues, fuí llamando de puerta en puerta á todos aquellos conventos y monasterios que por su retiro ú otras circunstancias favorables, imaginaba pudieran haber servido de

asilo á mi amo ; en todos ellos me habia informado escrupulosamente acerca los nombres, condicion y demás circunstancias de las personas recientemente admitidas que pudieran hacerme descubrir la verdad de mis presentimientos; pero ya empezaba á desconfiar de mi suposicion y de mi constancia, cuando llegué al monasterio de que os he hablado. Tampoco se hallaba en él mi amo, al menos así me lo aseguró el superior de la casa ; pero observé que aquel religioso se tomaba mas interés que ninguno de los otros que antes que él habia interrogado. Estuvo muy complaciente conmigo y al despedirnos para ir á cumplir el sus deberes y yo para seguir mi camino, me preguntó mi nombre y muchas otras circunstancias que omito por ser breve, referentes algunas de ellas á mi persona y otras á las de mi amo. Satisface su curiosidad en lo que creí no podia comprometer á D. Carlos en el caso que hubiese abrazado el estado religioso, y el monje pareció darme algunas esperanzas, diciéndome que Dios no abandona nunca á los que siguen la senda del deber. Todavía mas : me rogó que descansase un dia en el convento y mientras tanto discurriria si podria auxiliarme de un modo ú otro en mis laudables averiguaciones.

Aquel buen religioso me tranquilizó, porque llegué á sospechar que si D. Carlos no se hallaba en el monasterio, aquel hombre debia saber algo de su persona. El interés que me habia manifestado y que no hallára hasta entonces, era si quereis, el único motivo de aquella sospecha ; pero ¿qué no es capaz de imaginar el hombre que espera? La menor palabra, el accidente mas casual, circunstancias leves, que en todo otro caso pasan desapercibidas, las recoje y comenta á medida de su deseo.

Ello es que esperé con fé y con esperanza y no tardé en vencerme que si entonces no se hallaba D. Carlos en el monasterio, porque despues estoy cierto no estaba, como vereis luego, el religioso sabia su paradero. De todos modos aquel buen hombre logró, sin satisfacer cumplidamente mi deseo, al menos, que yo no abrigase con tanto motivo la cruel duda de que D. Carlos se hubiese dado muerte.

—¿Con qué creéis que D. Carlos puede existir? preguntó con el mas vivo interés D. Fernando, interrumpiendo al anciano.

—Permitidme que prosiga mi relacion. Vos mismo podreis contestaros por los hechos que me quedan por referir.

—Dispensad que os haya interrumpido; pero aun cuando fuera para mí una persona indiferente D. Carlos, su muerte me interesa tanto que estoy pendiente de vuestros labios. Juzgad pues, si tratándose como se trata del padre de la que debe ser mi esposa, crece mi interés y mi anhelo por saber lo que fué de él.

—Aplaudo vuestros nobles sentimientos y prosigo mi relacion.

Al siguiente dia el superior del monasterio en que me hospedaba vino á encontrarme. Antes de que me hablára, quise leer en su semblante las buenas ó malas nuevas que me traía, pero aquel semblante no decia nada: estaba impassible como el de una estatua de mármol.

—Y bien, le dije, ¿habeis sido mas afortunado que yo? ¿Vuestras averiguaciones han dado un feliz resultado? ¿Puedo abrigar una fundada esperanza? ¿Lograré volver á abrazar á mi buen amo?

Ninguna de estas preguntas obtuvo contestacion. El monje se contentó con decirme sin levantar los ojos del suelo:

—Nada puedo deciros; confiad en Dios, que él guiará vuestros pasos.

Un momento despues habia desaparecido dándome su bendicion.

Confieso que la mas profunda tristeza se apoderó de mí al ver perdida la esperanza que me habia hecho concebir el monje; y como abrigase la sospecha de que pudiese engañarme, pregunté, indagué y recorrí escrupulosamente el monasterio en cuanto me fué permitido y bajo diferentes pretextos para ver si podia descubrir algun rastro de mi amo. ¡Mas ay! si es que se hallaba en él, los monjes supieron ocultármelo ó él se ocultó tan cuidadosamente que hube de retirarme en el mayor desconsuelo.

A poco de haberme alejado del monasterio encontré en mi camino á un ermitaño que al parecer seguia la misma direc-

cion que yo llevaba. Me preguntó á dónde me encaminaba, y le dije que tenia intencion de visitar dos ó tres monasterios que ocultos entre las selvas se hallaban en aquel pais. Por ser breve os diré que aquel santo hombre pronto simpatizó conmigo, y en vista de los bellos sentimientos que creí reconocer en él, no dudé en confiarle mi secreto. Él por su parte me dijo que pasaba una buena parte de su vida peregrinando, socorriendo á los pobres con sus humildes servicios, auxiliando á los enfermos y haciendo bien al prójimo siempre que se le presentaba ocasion.

—En esto, añadió, soy muy diferente del comun de los ermitaños; yo no tengo morada fija; lo mismo me abrigo bajo la choza del pastor que en el palacio de los grandes; para mí todo el mundo es patria y todos los hombres hermanos. Tengo es verdad, algunos refugios donde acostumbro pasar algunos dias, ó bien descansando de mis fatigas ó entregado á la penitencia; pero como vivo de la caridad pública y estos retiros son muy solitarios, pronto tengo que abandonarlos para procurarme el sustento necesario.

Aquel dia anduvimos algunas leguas juntos y nos partimos las provisiones.

—Puesto que se me presenta una ocasion favorable para prestaros un servicio, he de acompañaros por el camino mas corto al monasterio al cual os encaminais.

El pais era para mí muy poco conocido y acepté sumamente agradecido su caritativo ofrecimiento.

El ermitaño me hizo pasar por solitarias sendas, las que solo muy de tarde en tarde debian ser holladas por la planta humana, por manera que durante aquel dia tal vez no acertamos á ver mas que una ó dos personas. En ciertas provincias de España, como no ignorais, la poblacion es todavía muy escasa, y los bosques y selvas abundan y se estienden á considerables distancias. Es raro ver la choza de un pastor y mas raro todavía una corta poblacion. El pais que recorríamos era tal vez uno de los mas montaraces y agrestes de la península Ibérica. Por fin, al caer de la tarde el ermitaño me dijo:

—Siento tener que deciros que no podremos pasar la noche en ninguna poblacion; nos hallamos todavía muy lejanos de los sitios habitados y preciso nos será refugiarnos en una antigua ermita que existe en estas cercanías. Al menos pasaremos la noche brjo cubierto, que mañana ya quedareis indemnizado con un buen alojamiento.

La compañía de aquel hombre me era tan grata y durante el camino me habia dado tan buenos consejos y tan dulces consuelos, que no sentí en lo mas mínimo tener que pasar la mala noche que sin duda se nos esperaba.

Empezaba á brillar la luz del crepúsculo vespertino cuando llegamos al sitio indicado por mi desconocido. Rodeado de colinas bien pobladas de árboles formando caprichosas y pintorescas ondulaciones; encinas centenarias, pinos seculares, abetos monstruosos, levantándose unos y otros de entre un mar de arbustos corpulentos; un silencio eterno, un silencio que debia contar seis mil años, turbado solo de vez en cuando por las voces de los alados moradores de los bosques, y en aquellos momentos particularmente por el chillido del murciélago nocturno y el graznido del cuervo carnicero; una inmovilidad melancólica en todo el paisaje, animado solo de vez en cuando por el rumor de las hojas de los árboles agitadas por las brisas vespertinas; un horizonte tristísimo terminado por dos altas cordilleras de montañas paralelas, tal era el cuadro natural que rodeaba la antigua ermita donde penetramos. En el interior de esta se hallaban los restos de una mesa y un banco rústicos, dos ó tres vasijas semirrotas, unas tablas esparcidas por el suelo, que en otro tiempo debieron haber servido de duro lecho al anacoreta que habitaba aquella celda y que la carcoma empezaba á destruir; en un nicho abierto en el muro una tosca imagen de San Gerónimo labrada en piedra dura, y sobre la entrada de la ermita el signo de salvacion tambien toscamente labrado en madera.

—Hace mucho tiempo, dijo mi compañero y guía, que la ermita de San Gerónimo se halla sin habitante. Por espacio de

muchos años es fama que vivió en ella un virtuoso varon acabando aquí sus dias en olor de santidad.

—¿Y cómo descubristeis su retiro? ¿Quién á estas soledades dirige sus pasos?

—La primera vez que estuve aquí fué un dia muy triste y que no se borrará nunca de mi memoria. Luego os lo he de referir, si el cansancio no os obliga á cerrar los párpados. Ahora nos conviene que vayamos en busca de lo necesario para pasar la noche.

Provistos de las vasijas que aun podian utilizarse, nos dirigimos á una fuentecilla de agua cristalina que daba origen á un arroyuelo que corria muy cerca de la ermita. En ella apagamos la sed. Recogimos algunas ramas secas para encender lumbre y calentarnos, como tambien la hojarasca de que estaba sembrado el piso para que nos sirviera de colchon. Algunas piñas que arrojamos á las ascuas formaron parte de nuestra cena frugal.

Ya satisfecho algun tanto nuestro apetito, el ermitaño á mis instancias me refirió la historia que me habia ofrecido.

—Os dije que habia llegado por primera vez á esta ermita en circunstancias bien tristes. En mi propósito de amparar al desvalido y socorrer al indigente, recorría las comarcas cercanas, cuando al cruzar un sendero que atraviesa la sierra de los buitres, que es aquella que se descubre allá á lo lejos, y el ermitaño me mostraba con su índice una escarpada montaña, que cual gigante de granito asomaba en lontananza, ví en el fondo del sombrío valle que se extiende á sus piés una persona que por su traje conocí al punto que no era del pais; por el contrario, vestia á la usanza de los habitantes de las ciudades. A medida que yo iba bajando la cuesta, el desconocido trepaba con paso acelerado por lo restante del monte, como si llevase ánimo de alcanzar la parte mas elevada del profundo torrente que se abre en sus gargantas. Si hubiese sido un cazador hubiese imaginado que iba á sorprender la madriguera de una fiera ó que habia descubierto un nido de águilas cuyos aguiluchos queria arrebatár á su madre tal vez ausente; pero el desconocido ni llevaba armas visibles, ni su

talante era de cazador. Tampoco podía ser un malhechor, porque sus ricos vestidos le abonaban. Sospeché que habia oculto en aquel hombre un misterio y resolví observarle atentamente. Juzgad cual seria mi sorpresa, cuando al llegar al borde del abismo ví que se desbrochaba y sacaba de su faltriquera una cartera cuyo contenido examinó una ó dos veces. Luego levantó los ojos al cielo y midió con la vista el sombrío abismo. No sé porque creí que aquel caballero llevaba intencion de suicidarse, y saliendo de detrás de un árbol donde me habia escondido, grité con toda la fuerza de mis pulmones. — Deteneos!!!.....

Al llegar á este punto de su relacion el ermitaño, no pude contenerme y le dije:

—Dispensad que os interrumpa, pero lo que me estais contando ¿hace mucho tiempo que tuvo lugar?

—Oh! sí, mucho tiempo.

—Un año, dos años.....

—Sí, es un hecho muy remoto.

—Proseguid.

—Al oír mi voz, el caballero que ya tenia un pié sobre el borde del precipicio, detuvo su planta y dirigió la vista hácia el lugar que yo ocupaba. Apenas me apercibió, retrocedió dando un paso hácia atrás, pasó una ó dos veces las manos por delante de los ojos, como si un velo los ofuscara ó dudara de la realidad de la vision, y luego que estuvo cierto de quien era el que le gritaba, cruzó las manos en ademán de agradecimiento y me hizo señas de que me acercára. Considero ocioso deciros que no me hice de rogar.

Al llegar á su lado, me persuadí de que no me habia engañado. Mi desconocido era un caballero.

—Vuestro traje, me dijo, primero me hizo estremecer, despues me dió esperanza.

—Mi traje, le dije, es el de una persona que ha hecho voto de pobreza.

—Tambien lo he hecho yo, me contestó, y para daros una

muestra de que nada quiero poseer, tomad cuanto tengo en mi poder. Repartidlo á los pobres.

Y me dió una bolsa llena de dinero y una cartera, la misma que le habia visto en sus manos.

Consideré que aquel infeliz no estaba en su cabal juicio, ó bien que un profundo pesar oprimia su corazon. Dios me habia llevado á su lado, porque sin mi presencia de seguro que hubiese perecido en el abismo. Preguntéle su nombre y procedencia y en vez de contestar á mis preguntas, hablóme de dolo, infamia é infidelidad.

Nuevamente interrumpí al ermitaño para preguntarle el tiempo que habia transcurrido desde aquel encuentro, y él me contestó como la vez primera.

—Hace mucho, mucho tiempo!

En vano fueron todos mis esfuerzos para averiguar quién era. Resueltamente aquel desgraciado llevaba intencion de ocultar su nombre para darse muerte. Su cabeza estaba trastornada; el delirio era manifesto; no debia abandonarle y logré, no sin grandes esfuerzos, conducirle hasta esta ermita de San Gerónimo. El ermitaño que entonces moraba aquí, me auxilió, y aun cuando de consuno hicimos todos los esfuerzos posibles para consolarle, se estrellaron ante su desesperacion. Por fin, cayó en una postracion completa y su vida corria riesgo. Habiendo desaparecido el primer peligro, amenazaba su vida otro no menos grave, y sin recursos para socorrerle en este sitio, preciso era irlos á buscar en otra parte. Partí al siguiente dia y cuando regresé al inmediato, el ermitaño estaba desconsolado. El enfermo habia desaparecido durante la noche mientras el anciano cenobita estaba entregado al descanso. Al partir le habia dejado la bolsa y la cartera que yo no habia querido aceptar. Esta contenia papeles de la mas alta importancia y en ellos se revelaba el nombre del caballero; pero el ermitaño guardó conmigo la mas escrupulosa reserva. Únicamente me dijo que aquel caballero era de noble cuna y que habia sido muy desgraciado.

Por tercera vez interrumpí á mi guia acerca la época en que habia tenido lugar aquella escena y obtuve la misma contestacion que las dos primeras.

—¿Y nada mas se supo del caballero?

—Nada.

—¿Y praticasteis diligencias para descubrir su paradero?

—Las practicamos.

—¿Y fueron inútiles?

—Fueron todas vanas.

—¿Y la bolsa y los papeles de su procedencia?

—El dinero fué empleado en obras de caridad, los papeles los guardó el ermitaño. La carpeta que los envolvía señalaba el destino que debía dárselos.

—¿Sabeis si lo cumplió el ermitaño?

—Lo ignoro, porque al poco tiempo de habernos separado enfermó y murió.

—Hé aquí un hecho, le dije, que tiene una similitud admirable con el que me ha conducido á estos sitios.

—En efecto; me contestó el ermitaño con el acento de un hombre ingenuo.

En esto ya era adelantada la noche, y como ambos habíamos andado largo trecho de camino aquel dia, apetecíamos el descanso y nos dormimos; por lo que á mí hace, profundamente. Yo que me hallaba sumamente fatigado no disparté en toda la noche. Cuando la luz del dia vino á herir mi semblante, me incorporé y llamé á mi compañero. El ermitaño no estaba. Salí apresuradamente al bosque y lo llamé á voces: solo sus dilatados ecos repitieron mi acento.

Admirado de tan estraña desaparicion, regresé con lento paso á la ermita. Juzgad cual seria mi sorpresa al ver que sobre la mesa rústica habia un gran pliego. Me abalancé á él y creció de punto mi asombro al leer mi nombre en su sobre. Abríle apresuradamente y ví que contenia una carta de mi amo y una cartera, la cual encerraba el paquete de cartas, algunas de las cuales os he leído.

Entonces comprendí la desaparición del ermitaño y el extraordinario interés que había mostrado conmigo. Pero ¿era aquel hombre efectivamente un ermitaño ó su traje era fingido? ¿Por qué guardar conmigo semejante misterio? ¿Sería algún monje disfrazado que por orden del superior del último monasterio que había visitado me siguiera y con intención me condujera á aquel solitario lugar para entregarme sin ninguna responsabilidad los papeles de mi amo? Examiné la carta y no llevaba ni el lugar donde había sido escrita ni la fecha. Su contenido, como vereis luego, ninguna luz arrojaba sobre lo que yo pretendía saber: por el contrario, la mas honda desesperación estaba impresa en todas sus palabras. Ya no hablaba de perdón. ¿Lo había obtenido? Solo sí de fatalidad y amargura. ¿La muerte había puesto fin á sus males? ¿Había encargado quizás á aquel hombre que me entregara las cartas del perverso monje, para que le vengase un día ó recordase mi promesa de amparar á su hija?

Abismado en semejantes dudas, una y otra vez leí esta carta. Y el antiguo mayordomo de D. Carlos presentóla á D. Fernando para que lo hiciera á su vez.

Este leyó en alta voz:

« Triste, muy triste es vivir cuando piensa el alma y siente el corazón. Toda ventura y calma desaparecen ante el recuerdo de la ficción mundanal. Yo debo huir del mundo fermentado como debe huir de mí su mentira. En vez de los puros placeres, en vez de la dicha que me había prometido, solo ponzoña é hiel derramó en mi existencia, solo profundos pesares que perturbaron mi razón y me empujaron al crimen.

» Con avidez busqué la virtud; con fé confié en sus falsas apariencias; mas ay! la negra fatalidad brilló en mi cielo cuando mas puro lo creía. Virtud y pureza miré prostituidas, y en hora funesta desaparecieron todos los encantos de mis floridos años. Solo mentira y torpeza se mostraron á mis ojos, solo falsedad y perfidia sonaron en mis oídos, solo miseria y ficción encontré á mi paso. Yo debo huir este mundo engañoso; debo olvidar su fu-

nesta existencia ; su belleza es escoria vil , desventura son sus halagos .

» Haya de mí , mujer fatal , sombra engañosa..... apártate ; tu ingratitud me enfurece y yo quiero perdonar . Si delirante un dia me dormí tranquilo en tus brazos , ya que desperté del letal error , ya que en humo ví disiparse mi breve dicha , no me atormente mas tu recuerdo ; con mi vida mundanal bórrese tu falaz imágen .

» No se lo digas , amigo mio , no le hables ya de mí , que son mentira sus palabras , mentira sus promesas , mentira sus juramentos y sus labios solo pueden proferir palabras para herir el corazon .

» Recuerda tus juramentos . Salva á mi hija ; que la ponzoña de la madre no la llegue á inficionar . Tú la arrancarás de su lado , estoy seguro ; tú has sido mi mas fiel amigo , despues de Fray Guillermo . Él tiene poderes para todo ; tambien en su defecto te los doy á tí . Salvad á mi hija ! Yo no he de volverla á ver mas . Hacedle vosotros las veces de padre y moriré tranquilo .

» No quiero conservar ningun recuerdo de la que fué causa de mi perdicion . Al despedirme para siempre del buen monje gerónimo ; al suscribirle mi última resolucion , me olvidé entregarle estas cartas . Consérvalas en tu poder . Su lectura te impedirá que nunca perdones á la que no es digna de perdon .

» No sé si esta carta y estos papeles llegarán un dia á tus manos ; pero confio que sí llegarán . No intentes buscarme que no habrás de hallarme . Cuando leas estas líneas estaré sepultado para siempre . A Dios nos veamos , mi buen amigo »

Cuando D. Fernando acabó de leer la anterior carta , sus ojos estaban arrasados en lágrimas . Tambien el semblante del anciano revelaba la mas profunda tristeza .

—Don Carlos decia verdad , observó éste , nunca mas he sabido de él . Una vez mas volví al monasterio cuyo superior se habia mostrado tan benévolo conmigo ; nuevamente indagué , averigué , pregunté é inquirí . Como la vez primera no dieron resultado mis

averiguaciones. Recurrí entonces al ermitaño misterioso, pero también éste había desaparecido; nadie supo darme razón de su paradero; nadie lo conocía; persona alguna lo había visto. ¿De dónde había salido aquel hombre? ¿Había sido casual su encuentro? ¿Por qué me había huido? ¿Cómo no quiso darme ninguna explicación sobre la suerte que había cabido á mi amo? Aquel sepulcro de que hablaba en su carta ¿se refería verdaderamente á la tumba ó bien quería significar el claustro de donde no debe salir el que una vez ha entrado en él?

Hé aquí las preguntas que me hacía, sin poder darme una contestación satisfactoria, cuando me retiré á mi casa dominado por las más crueles dudas. Continuar por más tiempo mis pesquisas considerábalo ya ocioso, además de que mis recursos eran pocos y temía que mi ausencia si se prolongaba por más tiempo fuese peligrosa. Así es que volví al lado de mi esposa y de María renunciando á nuevas indagaciones. El resto de esta triste historia os es conocido.

—¿Tampoco habeis podido saber si pereció efectivamente la madre de María en la noche en que fué incendiada la cabaña del pastor Bernardo? preguntó D. Fernando.

—La misma duda que abrigo tocante á D. Carlos, tengo respecto de su esposa. La única persona que pudiera haberme esclarecido sobre el particular era el pastor citado, y aquel hombre, si es que no pereció en el incendio, Fr. Guillermo lo hizo desaparecer.

—Singular modo de proceder de este monje, exclamó D. Fernando.

—Decid más bien inícuo y perverso.

—¿Y qué se hizo de él?

—Continúa morando en el monasterio. Una persona que lo vió hace poco tiempo, la misma que me procuró parte de los muebles de mis amos, me escribió que estaba completamente demudado. Tal vez los remordimientos acibarán su existencia.

—Os engañais, estas gentes no los conocen.

—Bien pudiera ser; pero ello es que segun los informes recibidos, Fr. Guillermo es otro hombre. Parece que se halla habitualmente pintada la tristeza en su rostro, está descolorido, y el ojo, espejo del alma, está fijo, empañado y lánguido. Díjase que está dominado por un pensamiento esclusivo y privado de inteligencia; oye sin entender, mira sin ver, si quiere hablar le perturban las ideas, se le traba la lengua, la voz es tambien apocada y quejumbrosa; sus quebrantados miembros no pueden resistir la menor fatiga; no busca mas que la inaccion y no está bien hallado sino en la soledad.

—Si bien son estos todos síntomas de un amor desgraciado, bien pudiera ser tambien que con su pasion contrariada abrigase todavía deseos de venganza. He creido reconocer en el ataque de esta noche otro móvil y otra mano; sin embargo no es menester fiarse de las apariencias. ¿Quién sabe si mis enemigos se han aliado con vuestros enemigos? Resistámoslos juntos. Desde hoy debemos ser los mas constantes y fieles aliados. El triunfo será nuestro, mucho lo espero. Y antes que con la madrugada llegue la luz del dia, permitid que me retire. Vuestra confianza quedará impresa en lo mas hondo de mi corazon. Fiad en mis palabras. María no sabrá nada de cuanto me habeis revelado hasta el dia que pueda llamarla mi esposa. Pronto llegará este dia. Resistid entretanto por todos los medios posibles, á los ataques que puedan dirigiros. Velad incesantemente, que yo he de hacerlo tambien por mi parte.

Don Fernando se despidió por aquella noche del anciano. Al llegar á la casa de su padre empezaba á brillar la luz de la aurora. Su ausencia no habia sido notada; tampoco lo fué su llegada.



X.

Fuerzas iguales se destruyen entre sí.



CUATRO enemigos á cual mas poderoso, conspiraban contra D. Diego y su hijo, no precisamente contra sus personas, sino contra las riquezas que poseia el primero y debia heredar el segundo. Estos cuatro enemigos eran:

Los Carmelitas á cuyo frente se hallaba Fr. Julian que tenia supeditada la voluntad de D. Diego y lo hacia mover á tenor de sus deseos y de sus intenciones. Éste, como lo habia sospechado D. Fernando, era el autor del ataque nocturno á la morada de María y de su padre adoptivo. Conocia que mientras existiese la causa que llevabalejos de su propósito al hijo de D. Diego, dificilmente podria atraerle al convento y con él su pingüe patrimonio, y habia apelado á aquel medio violento si bien que sin resultado favorable en su primer paso.

El segundo adversario, tambien representado en cuerpo colectivo, eran los franciscanos. Estos, como se ha visto anteriormente, tenian la poderosa arma que les habia procurado el lego Fr. Anselmo, y de seguro que en sus manos habia de ser esgrimida

cuando no con acierto con inteligencia. Los franciscanos no habian de soltar la prenda sino en un caso estremo. Los hechos sucesivos nos lo demostrarán así.

El tercer enemigo, tal vez el mas temible, si bien que el mas oculto y desconocido, era Branca d' Oria, el afiliado de los jesuitas, quien teniendo en su poder el hilo de la intriga, desde el fondo de su retiro tendia sigilosamente sus redes, en las que era de temer quedasen envueltos, no solo las personas á quienes se dirigia la accion de sus contrarios, sino estos mismos. Los primeros avances del jesuita lo habian colocado ya en una posicion muy favorable. El italiano, como digno hijo de Loyola, podia y debia aventajar á franciscanos y carmelitas.

El último enemigo, aun que obrando en una esfera mucho mas limitada, pero no por esto despreciable, era Hierro. Aquel hombre era poseedor de un secreto importantísimo, y cuando no en provecho propio, podia hacer uso de él en grave perjuicio del hijo de D. Diego.

Este contaba únicamente con dos auxiliares: la fuerza de su amor y los afiliados en la sociedad patriótica de la Luz. El primero era ciego como su móvil y podia perderlo; el segundo, si bien poderoso, preciso era conocer que no habia llegado para él la hora de obrar y que de hacerlo prematuramente, sobre tener que apelar á la violencia, corria inminente riesgo de quedar vencido en la lucha. Una vez vencido difícilmente podia volver á entrar en combate.

Don Diego era una persona completamente pasiva: el mas osado y menos escrupuloso podia arrastrarle. Conocida su flaqueza, á él se dirigieron como era consiguiente los tres primeros enemigos, si bien que por diferentes caminos y haciendo uso de diferentes medios. Esta circunstancia salvó á D. Fernando, como hemos de ver muy pronto, del grave riesgo que corrió.

En la mañana del dia que siguió á la escena del jardin en la casa de María, sabedor Fr. Julian del mal éxito que habia tenido la empresa del rapto de la jóven y no queriendo perder momento de hacer suyo al hijo de D. Diego, resolvió dirigirse personalmente

á su morada. El carmelita habia tenido ocasion de confirmar sus sospechas de que los franciscanos le disputaban la presa. La contestacion del provincial así se lo habia dado á entender. Se trataba, como es sabido, de una buena herencia que de un momento al otro podia escaparse de sus manos y Fr. Julian, como tambien dijimos, hubiese sacrificado todo su reposo antes que dejar de procurar buenas creces al convento. Opinó que mas bien que llamar á D. Diego á su celda, debia pasar él á su casa para dar mayor importancia al objeto de su visita. Su orgullo personal quedaba compensado con la satisfaccion de la codiciosa esperanza. Hasta entonces el padre de D. Fernando habia sido su esclavo mas sumiso. ¿Por qué no debia serlo tambien este último?

—Un asunto de la mas alta importancia me lleva á vuestra casa, dijo al conde, considerad cuál será su interés, cuando por él salgo del convento en hora solemne, abandonando mis sagrados deberes.

—Fray Julian, soy todo vuestro.

—¿Nadie puede oirnos?

—Entrad en mi gabinete.

Encerrados los dos interlocutores en el gabinete del conde, dijo á éste el fraile con tono misterioso.

—¿Dónde se halla vuestro hijo?

—Reverendo padre, hé ahí una pregunta á la cual tal vez no acierte en este momento á dar una cumplida contestacion.

—¿Señor de Monforte, repito que me digais dónde se halla en este momento D. Fernando?

—Lo ignoro, contestó el conde con humildad.

—Bien me sabia yo que erais un mal padre, que lejos de velar la conducta, la reprobada conducta de vuestro hijo, lo abandonabais á sus malos instintos.

Y Fr. Julian con semblante ceñudo fijaba sus ojos airados en el semblante del conde.

No pudiendo este resistir su fiera mirada, buscó en su imaginacion algo que pudiera aplacar su enojo, y como hubiese hallado sin duda lo que deseaba, se apresuró á decirle:

—No sé si mi hijo habrá cometido alguna imprudencia propia de su edad juvenil; vuestro enojo cuasi me lo hace sospechar; pero puedo aseguraros que ha cumplido mis órdenes, es decir, vuestros mandatos, porque trae siempre consigo el escapulario que me disteis para él.

—Y que lo profana, añadid, teniendo relaciones ilícitas con mujerzuelas plebeyas y licenciosas. No os asombren mis palabras, conde, prosiguió el carmelita viendo pintada la sorpresa en el semblante del anciano, lo que sí debia asombraros, mas todavía, estremeceros, es el abandono en que dejais á vuestro hijo para que se pierda irremisiblemente.

—¿Estais seguro de que....

—¡Silencio! exclamó el fraile como el juez que condena. Vos solo debéis escuchar, callar y obedecer.

—Perdonad, padre, ya os escucho.

—Pues bien, D. Fernando desdora el noble nombre que lleva y pierde su alma en la senda del pecado que sigue. Pasa los dias y las noches fuera de la casa de su padre para tomar parte en orgías escandalosas, para visitar mujeres de lupanar. Vos y él os condenariais irremisiblemente si semejante conducta no tuviese un pronto y eficaz correctivo.

—No quiera Dios que me pierda á sabiendas; estad seguro que yo pondré el correctivo.

—¡Silencio os he dicho! Quien debe poner el remedio soy yo; de vos se burlaria el licencioso jóven como se ha mofado hasta hoy.

—Cúmplase vuestra voluntad, padre.

—Pronto la sabreis. Hoy mismo, sin decir una palabra á don Fernando, vendreis en su compañía al convento. En él se quedará de grado ó por fuerza para practicar algunos ejercicios espirituales durante una quincena. Despues acordaremos, si de veras se arrepiente, lo que mas necesario sea para la salvacion de su alma.

—Vendrá, padre, y se quedará. Aplaudo vuestra resolucion.

Fray Julian se disponia para salir, cuando añadió :

—No es preciso que traiga ninguna ropa, le haremos vestir el hábito religioso de la casa. Lo que conviene es que mandeis algun dinero para su manutencion. La comunidad es pobre y bastante hace con encaminar á los que van desacertados y enmendar las faltas de los otros.

Cuando el carmelita bajaba la escalera de la casa del conde de Monforte murmuraba por lo bajo :

—Algun trabajo nos costará contener el mozo, porque es resuelto y audaz ; pero se le guardará encerradito donde no se oigan sus voces y lamentos, y si es que lleguemos á soltarlo, ya sabremos el porqué. *Qui per alium facit per seipsum facit.*

Una hora mas tarde D. Diego recibia una segunda visita. La persona que deseaba hablarle á solas y con todo sigilo, era el reverendo padre guardian de franciscanos. Este personaje iba acompañado de un lego que ya conoce el lector. Fr. Anselmo se quedó en la antesala mientras el fraile entró en el gabinete del conde. El astuto lego no sin intencion habia acompañado al guardian. Apenas aquel hubo desaparecido con D. Diego, buscó con quién platicar y no tardó en hallar la persona á quien buscaba. Este era el ayuda de cámara del conde, digno criado de tal señor. Pocos momentos bastaron al lego para poder apreciar cuanto valia. Informóse, como quien no hace tal cosa, de los menores detalles de la vida del conde y de su hijo, de quiénes eran las personas que frecuentaban la casa, en qué consistian los bienes del conde, si habia probabilidades de aumentar el patrimonio, si además de su hijo tenia alguna persona querida que tratase con alguna predileccion ; en una palabra Fr. Anselmo recorrió con mucha maña y como quien dice algo para matar el tiempo, toda la escala de preguntas que pueden hacerse para conocer los menores detalles de la existencia de una persona.

Aquel solapado interrogatorio dió á conocer al lego una circunstancia que recogió con avidez. Al preguntar al ayuda de cámara de D. Diego cuales eran las relaciones mas íntimas que

tenia éste, el beatísimo criado contestóle con la mayor candidez, creyendo hacer un elogio de su amo.

—¿Relaciones decís? Mi amo no tiene mas amigos que algunos buenos religiosos.

—¿Que frecuentarán á menudo la casa?

—No por cierto, mi amo va á la suya.

—¿Por manera que lo harán ellos aquí raras veces?

—En efecto, solo de vez en cuando y muy de tarde en tarde. Hoy por ejemplo, mi señor ha tenido una visita del Rdo. padre Fr. Julian, religioso carmelita, que hacia muchísimo tiempo que no habia pisado estos umbrales y esto que es el alma, por decirlo así, de D. Diego. Y lo mas singular es que como vos y el Rdo. padre á quien acompañais ha venido por la mañana, es decir, en una hora que los deberes religiosos reclaman vuestra presencia en el convento.

—En efecto, no es hora en la que los frailes hagan visitas.

—Y puesto que sois de mi dictámen, he de deciros que no sé por qué se me figura que debe acontecer algo extraordinario. ¿No es verdad?

—Bien pudiera ser.

—¿Lo sabeis vos?

—Nosotros los legos nada sabemos; somos simples hermanos de obediencia; no se nos da cuenta de nada de lo que pasa en el convento.

—Perdonad si.....

—No hay de qué. Estad seguro que si pudiera complaceros lo haria muy gustoso.

—Gracias.

—Vuestra observacion tambien se me ocurrió á mí, y lo que vos me decís del carmelita me persuade de que debe haber algo. ¿Nada habeis podido rastrear? Los ayudas de cámara tienen ciertos privilegios á los cuales sin duda vos no habeis renunciado.

—¿Privilegios decís?

—Sí; de estar al corriente de lo que acontece á sus amos: son, por decirlo así, sus confidentes secretos.

—En efecto, D. Diego se muestra conmigo muy franco, pero como lleva una vida muy retirada, como os he dicho ya, tal vez nada tenga que ocultar y por consiguiente que confiarme.

—Ya sabreis vos mas ó menos tarde el objeto de la visita de Fr. Julian.

—¡Quien sabe!

—¿Y permaneció aquí mucho tiempo?

—No por cierto, al poco rato ha salido. Me pareció verle pensativo.

Sin duda la conversacion ó mejor el interrogatorio del lego al ayuda de cámara del conde de Monforte se hubiese prolongado mucho mas tiempo, á no quedar interrumpido por la entrada de un criado portero que anunció que un caballero preguntaba por D. Fernando.

—Don Fernando no está en casa, contestó el ayuda de cámara, pero llegará de un momento á otro. Decidle á este caballero que si quiere tomarse la molestia de pasar adelante y no lleva prisa, podrá aguardar en este salon.

Salió el criado y algunos instantes despues volvió á abrirse la puerta del salon. Un caballero elegantemente vestido entró en él. El nuevo visitante, despues de haber dado un paso en el salon, se quedó como petrificado al ver al lego que se hallaba cómodamente sentado en uno de sus sillones; por su parte este no quedó menos sorprendido de la llegada de aquel personaje. Las arrugas que surcaban naturalmente la frente de Fr. Anselmo, en un instante se hicieron muy profundas y dilatadas; el color de su rostro, por lo comun algo pálido, tomó de repente un tinte encarnado, y un atento observador hubiese notado en él cierta agitacion y sobresalto, que atendida su habitual impasibilidad, debian reconocer una causa poderosísima.

Por su parte el nuevo personage no estaba mas tranquilo, pero tanto ó mas acostumbrado al desimulo que el lego, el cambio de

su rostro fué súbito como la luz de un relámpago. Branca d'Oria, pues este era el visitante, como buen jesuita, instantáneamente se cubrió con la máscara de la hipocresía y también instantáneamente recurrió á la falsedad y al engaño para salir del mal paso y salvar las apariencias que le condenaban ante los franciscanos. Así es que adelantó hácia el lego, tendiéndole cordialmente la mano y le dijo con un acento amistoso capaz de engañar al hombre mas prevenido y receloso.

—Diz que vale mas llegar á tiempo, que rondar un año: ahora mismo iba á pasar al convento para veros, aunque no estaba seguro de encontraros, sabedor de que vuestros deberes os acostumbran tener ausente durante una buena parte del dia; mas puesto que una feliz casualidad ha querido que os hallase en esta casa, lleno mi deseo de veros, sin correr el albur de no encontraros.

El ayuda de cámara al oír aquellas palabras que fueron pronunciadas en alta voz, creyó prudente deber retirarse para que aquellas dos personas al parecer amigas, pudiesen hablarse sin testigos. Apenas hubo salido del salon, dijo el jesuita al lego.

—Gracias á Dios que podré hablaros á solas. El tiempo es precioso; cada instante perdido puede sernos funesto.

—¿Qué ocurre? preguntó el lego con curiosidad, visto el interés que ponía el italiano en sus palabras.

—¡Pues es un grano de anís que digamos! Los carmelitas conspiran ahora mas que nunca, se agitan, van y vienen y mucho se debe temer de sus malas mañas. Alerta!

Preciso es que digamos que nada sabia el afiliado secreto del paso dadopor Fr. Julian; otro objeto le habia conducido á aquella casa: tal era hacer suyo á D. Fernando revelándole los peligros de que estaba envuelto y la posibilidad de salvarle en un caso apurado. No se crea sin embargo que el italiano obrase de buena fé y solo desease hacer una obra buena; al vender proteccion á D. Fernando era para atraerle á sus redes y realizar los planes de ambicion que tenia meditados. La sed de oro habia hecho

irradiar todas las intrigas de carmelitas y franciscanos en el padre; Branca d'Oria, en su esquisita penetracion, ya desde muy lejos habia conocido que el mejor sendero para llegar al fin de todos apetecido era, el que conducia al hijo y consecuentemente habia obrado. Ya hemos visto anteriormente como de sus mas temibles enemigos habia sacado sus mejores armas.

El encuentro de Fr. Anselmo en el salon del conde podia haber comprometido ó cuando menos hacer sospechoso á cualquier otro que no hubiese poseido los inagotables recursos que le sugeria la fecunda imaginacion del italiano. Desde luego adivinó que la presencia de los franciscanos en casa del señor de Monforte debia ocultar algo extraordinario; que algun suceso fuera de los límites comunes les ocupaba; que si no habian hecho uso del importante documento que por su conducto poseian, tal vez en aquel momento lo empleaban para aterrorizar al padre y al hijo, y que si nada de esto habia sucedido, sobre no correr ningun peligro de ser desmentido diciendo que los carmelitas conspiraban, le ponía en buen puesto y contribuía con aquella revelacion al sosten del buen predicamento de que ya gozaba con los hermanos del seráfico padre San Francisco, tanto ó mas ambiciosos que los discípulos del Eliseo.

Salvado aquel primer y mas temible paso, hasta llegó á felicitarse el jesuita por el inesperado encuentro. Él le ponía en el caso de ser mas explícito con el hijo del conde, porque hasta aquel momento no le habia sido dable poder averiguar el uso que habian hecho los franciscanos de la revelacion de Hierro.

—¿Y cuando habeis sabido estas cosas? preguntó Fr. Anselmo al fingido agente de negocios.

—Hoy mismo. He estado dudando si pasar antes al convento ó á verme con D. Fernando; pero como á mí me gusta hacer bien las cosas, he considerado mas prudente verme primero con el jóven.

—¿Y que queriais decirle? No comprendo que bien podíamos reportar de vuestra entrevista.

El astuto lego no se fiaba mucho de las palabras del italiano, pero como estaba al corriente del objeto que habia conducido al guardian á la casa del conde y por tanto creia que la presa no habia de escapárseles, sin dar completo crédito á aquellas, las escuchaba no obstante con marcadas muestras de interés.

—Estraño, Fr. Anselmo, que vuestra natural penetracion no alcance á adivinar el objeto que me llevaba al lado de D. Fernando.

—De veras que no acierto.

—¿Habeis olvidado que los carmelitas son el alma de Don Diego?

—Así parece.

—Y que podrian....

En este punto de la conversacion, se oyó rumor de pasos en la vecina estancia del conde. El lego y el italiano se levantaron simultáneamente. El primero dijo al segundo.

—Considero ocioso que permanezcais aquí. El padre que me acompaña habrá manifestado al conde lo que mejor conviene á su tranquilidad. Podeis retiraros y mas tarde pasar al convento si teneis algo que comunicarnos. Yo me encargo de hacer partícipe al padre guardian de vuestras intenciones. Idos.

Branca d'Oria no se hizo de rogar. Debia salvar toda sospecha de traicion y su pronta retirada cumplia á su objeto.

Apenas hubo desaparecido el italiano, cuando D. Diego y el guardian de franciscanos entraron en el salon. El primero estaba sobremanera agitado; al dar su mano al fraile se conocia que le temblaba el pulso. Éste último, de un aspecto grave y magistral, estaba sereno y como satisfecho del paso que acababa de dar. Al despedirse del conde, díjole á media voz marcando bien las palabras.

—Fio en vuestra palabra de caballero.

—Podeis fiaros, padre; descansad.

Apenas los dos frailes hubieron salvado el dintel de la puerta, D. Diego con tono airado dijo al ayuda de cámara.

Condiciones de la suscripcion.

Esta obra se publicará por entregas de 16 páginas de impresion clara, hermosa y compacta en 4.º marquilla papel superior. Cada dos entregas se repartirá una preciosa lámina litografiada y tirada á dos tintas.

La obra constará de unas cuarenta entregas. Las que escedan de este número se darán gratis á los señores suscritores.

Se publicará al menos una entrega semanal.

El precio de la entrega para toda España será de UN REAL de vn., que se satisfará en el acto de recibirla.

La correspondencia y reclamaciones deberán dirigirse en carta franqueada á su administrador *D. I. L. Bernagosi*, calle del Arco del Teatro. n.º 16.

BARCELONA

LIBRERÍA DE DON SALVADOR MANERO,

PLAZA DEL TEATRO N.º 7.

(al lado del correo).

1886.